

de las condescendencias del infeliz Emperador, quiso que públicamente y con las fórmulas legales declarara Motecuhzoma sumisión al Monarca de Castilla; para ello reunió á todos los nobles que tenía presos, y en una sala de palacio exigió ante ellos y los capitanes de su tropa la declaración de vasallaje, que hizo ante el escribano Pedro Fernández, y éste extendió el testimonio correspondiente.

Subieron á más las pretensiones de Cortés, que se resolvió entonces á hacer una demostración de su poder derrocando los ídolos y sustituyéndolos por la cruz cristiana: al efecto, se dirigió un día al gran Teocalli, y subiendo con los suyos al Tlillán, con una barra de hierro comenzó á romper los muchos ídolos que allí había. Pronto llegó á noticias de Motecuhzoma el sacrilegio, y pidiendo permiso, se dirigió al lugar del atentado; allí conferenció con Cortés y consintió en que se convirtiese aquella parte del Teocalli en templo cristiano, colocándose allí una imagen de la Virgen María y otra de San Cristóbal, pero que se le entregasen sus dioses.

Aquel paso innecesario y muy imprudente de Cortés estuvo á punto de sublevar á los Méxica, y de ello se le avisó al Emperador, quien le aconsejó que, puesto que había ya obtenido el reconocimiento al Rey de España, saliese de la ciudad con su ejército para evitar el peligro.

Contestó Cortés serle imposible por falta de navíos, y entonces Motecuhzoma le proporcionó obreros que marcharon á la costa á trabajar bajo la dirección de los carpinteros de ribera Martín López y Andrés Núñez.

Ocho días llevaban de haber salido los carpinteros cuando Motecuhzoma avisó á Cortés el arribo de unos navíos con españoles: la primera impresión de esta noticia fué de gozo y alegría, creyendo serían los refuerzos conseguidos por los procuradores; veremos luego cuán distinta fué la posterior noticia.

CAPÍTULO VI

Objeto que tenía la expedición de Narváez.—Sale contra él Cortés.—Resultado de ello.—Conducta de Alvarado en México.—Matanza del gran Teocalli.—Sublevación del pueblo de México.—Ataque al cuartel español.—Llegada de Cortés á México.—Asaltos y combates.—Motecuhzoma herido por Cuauhtemoc.—Muerte de Motecuhzoma.

Gonzalo de Sandoval, que substituyó al desgraciado Escalante, escribió luego á Cortés diciéndole que los recién llegados eran enviados de Velázquez, con orden de separarle del mando y mandarle preso á Cuba.

Y así lo era en verdad, pues que despechado Velázquez de la violenta partida de Cortés, y no habiendo podido apresar la nave de los procuradores de él, alzó una nueva armada para venir en persona á tomar posesión de lo que él juzgaba suyo y le había defraudado Cortés. Sabedora la Audiencia de Santo Domingo de tal determinación, y temiendo las graves consecuencias que ello podía traer, nombró en comisión á Lucas Vázquez de Ayllón para que fuese á Cuba, con amplios poderes é instrucciones. Éste no logró más sino que Velázquez substituyera su lugar con Pánfilo de Narváez, ordenándole requiriese pacíficamente á Cortés, y en caso de resistencia, fuese la nueva armada á poblar otras tierras.

Constaba esta armada de 19 naves, 1.400 soldados, de los cuales eran 80 de á caballo, 90 ballesteros y 60 arcabuceros; 20 piezas de artillería y 1.000 indios de Cuba para el servicio. Se hizo á la vela á principios de Marzo de 1520, y después de haber recorrido el mismo camino que Cortés, llegó á la costa á principios de Abril.

Contra la opinión del comisionado Ayllón, desembarcó Narváez y fundó luego una villa; á ella llegaron emisarios de Motecuhzoma con presentes, y á éstos les hizo saber el

recién venido que su misión era castigar á Cortés. Á poco llegaron los españoles Cervantes, Escalona y Hernández, que regresaban de la Chinantla, los que pusieron al tanto de todo lo hasta entonces acaecido al delegado Ayllón, y se unieron á Narváez sirviéndole de intérpretes.

La situación de los tres personajes de este interesante episodio de la historia mexicana llegó á ser difícil y comprometedor: Motecuhzoma sintió renacer en su pecho la esperanza, y de seguro comenzó á pensar en los medios de acabar con los españoles; Cortés, con su tropa dividida, encerrado en una ciudad enemiga, sin fuerzas para dominarla y al mismo tiempo obligado á batir á las más poderosas de Narváez que se le presentaban, sintió quizá flaquear su ánimo; Narváez, que pudo, aprovechando el tiempo, marchar inmediatamente sobre México, lo perdió esperando á Velázquez de León é intimando obediencia á Sandoval.

Éste, activo é inteligente, tomó presos á los Embajadores, y metiéndolos en hamacas de red, á espaldas de indios, y custodiados por el alguacil Pedro de Solís y 20 soldados españoles, los envió á Cortés, marchando estos infelices como cargas, sin descanso ni de día ni de noche, durante cuatro días, hasta llegar á la ciudad de México.

Pudo entonces Cortés obtener de ellos datos y noticias más precisas, y después, con su afable y buen trato, los inclinó á su favor: en cartas y envió mutuo de correos se pasó casi un mes, que supo aprovechar Cortés para sí, ayudándose con regalos y presentes en oro á algunos de los principales jefes de Narváez. Con éste nada pudieron las conferencias habidas con el P. Olmedo, y sí día á día perdía el prestigio en su tropa, rematando su inacción tan pésima conducta; de la costa pasó á Cempoallán, donde se situó.

Cortés, viendo la torpeza de su contrario, y con noticias de que ya estaba minado su ejército, decidió marchar sobre él. Dejó parte de los soldados en México al mando de Pedro de Alvarado, al que los españoles llamaban *Tonatiuh* por ser

rubio, le encargó sobremanera el impedir se le escapase Motecuhzoma y demás presos, y á éste le recomendó no faltasen los víveres y se respetase la capilla del Teocalli.

Salió Cortés por la calzada de Iztapalapan con 80 soldados, y el Emperador, custodiado por Alvarado, le acompañó hasta las orillas de la ciudad; en Cholollán le esperaban Velázquez de León y Rangel con sus fuerzas, y en Tlaxcallán recibió un auxilio de tropa con tres jefes. Tomó por las llanuras de Tepeaca, pasó á Quecholac, de allí á Ahuilitzapán (Orizaba), y tomando por veredas, hasta Huatusco, en donde se le presentaron emisarios de Narváez proponiéndole dejase la tierra, pudiendo sacar cuanto habían adquirido él y todos los suyos.

En Tampanequita se le unió Gonzalo de Sandoval con 60 hombres, y desde allí mandó al P. Olmedo con cartas para Narváez y bastante oro para corromper su tropa, lo que efectuó hábilmente el bendito fraile.

En este tiempo pudo adelantarse y llegar á Mictlancuauhla, donde se le reunió Trevilla, presentándole 300 picas de cobre duro de la Chinantla.

Hizo alarde, y se encontró con que tenía 320 peones, cinco caballos, dos artilleros y los indios aliados. Para distraer á Narváez mandó á Velázquez de León fuese á Cempoallán, y dos horas después puso en marcha su ejército, llegando á acampar cerca de Cempoallán, al caer la tarde del lunes 28 de Mayo.

En vano, sufriendo una fuerte lluvia, esperó Narváez á Cortés toda la tarde, y ya de noche, se recogió á la ciudad. Cuando más descuidado estaba, llegó Cortés con los suyos, y después de corto, pero reñido combate, fué vencido Narváez, que en la contienda perdió un ojo. Tan memorable jornada acaeció el martes 29 de Mayo de 1520.

Pocas fueron las pérdidas por ambas partes, y los vencidos, después de entregárseles lo que les pertenecía, ingresaron en el ejército de Cortés, que de este modo duplicó su

gente y contó con las naves en que ellos habían venido. En lo mejor de su victoria, y dando órdenes para explorar y guarnecer algunos puntos de la costa se encontraba D. Hernando, cuando llegó una carta de Alvarado en que le pedía socorro, pues los Méxica habían quemado los bergantines, quitado los víveres y alzados en guerra atacaban el cuartel.

Veamos la causa de ello. Mal se portó Alvarado desde la salida de Cortés, tratando con suma dureza á Motecuhzoma. En estas circunstancias llegó la fiesta Tóxcatl, que era solemnísimá para los Méxica y caía en 20 de Mayo: tanto Alvarado como los Tlaxcalteca recelaban un alzamiento en la celebración de ella; así es que estaban desconfiados y asustadizos. Llegó el día de ésta, y cuando los Méxica habían comenzado la ceremonia y estaban bailando unos 400 señores y como 3.000 personas contemplándolos, se presentó Alvarado en el patio del Teocalli, llevando la mitad de su fuerza y algunos aliados. Aquéllos los colocó, de 10 en 10, en cada una de las puertas, quedando él con otros pocos dentro; á una señal dada se arrojaron los que dentro estaban, espada en mano, sobre los indios inermes que, tratando de escapar, se encontraban con las picas de los que guardaban las puertas, ó con los dardos de los Tlaxcalteca y de los ballesteros que cuidaban las cercas. Fué aquello una terrible carnicería en que perecieron hombres, mujeres y niños, quedando el extensísimo patio inundado de sangre y lleno de muertos «que ponía espanto».

Después de aquella negra y cobarde acción, tuvieron los españoles calma bastante para recoger las joyas que llevaban los danzantes.

Apenas hubo tiempo de efectuar la rapiña, pues vinieron sobre ellos los Méxica hasta obligarlos á entrarse en su cuartel; á él llegó Alvarado con la cabeza rota de una pedrada; un soldado fué muerto y otros heridos. Á toda prisa se amurallaron los españoles rechazando á los asaltantes, principalmente con los fuegos de arcabuces y cañones, y hasta

con piedras, que desde las azoteas les arrojaban los Tlaxcalteca.

El siguiente día aflojó el ataque á causa de estar dedicados los Méxica á los funerales de sus muertos; mas al tercero volvieron con gran ímpetu sobre el cuartel, que incendiaron por varios puntos, derribando una parte y poniendo en tal aprieto á los españoles y aliados, que fué preciso subir á Motecuhzoma á la azotea, para que con su presencia desde allí excitase á la paz á sus súbditos. Respetaron á su Rey y acataron su mandato, cesando en acometer á los españoles, aunque sin permitirles pasasen agua ni darles víveres. En estas circunstancias llegó la noticia del triunfo de Cortés sobre Narváez, con la que aflojó más el cerco y los alzados Nahuas se fueron retirando, quemando los bergantines previamente.

Sabedor de todo ello Cortés, precipitó su marcha, llegando á Tlaxcallán el 17 de Junio, de donde salió al frente de 6.000 hombres.

Pasó por los llanos de Apanapán, tocó á Tezcoco el día 22, y al siguiente 23, á Tepeyac, y el domingo 24, á mediodía, entró por Tlaltelolco, hasta su antiguo alojamiento.

¡Cuán diversa fué esta su entrada á la primera: las calles estaban desiertas y nadie salió á cumplimentarlo!

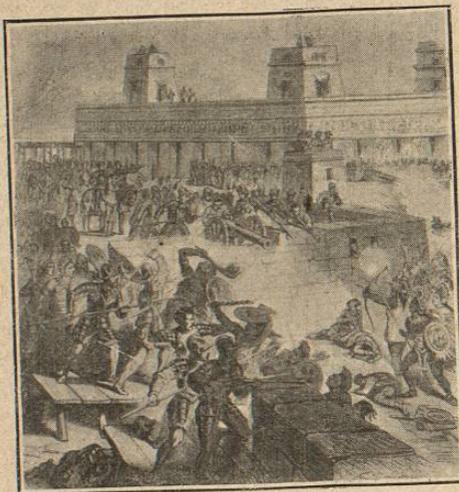
Al siguiente día 25 las calles amanecieron cortadas por acequias, los puentes rotos y el mercado desierto; Cortés mandó á Motecuhzoma ordenase se abriese el mercado, y éste dijo sería aquello factible, caso de que se permitiese ir á su hermano *Cuittlahuac*, que con él estaba preso, á que en persona lo mandase.

Condescendió Cortés, obrando con sobrada torpeza, pues así dió al pueblo un caudillo.

Los Mexicanos tenían á su cabeza al tecuhtli de Tlaltelolco *Cuauhtémoc*, y entonces ya contaron con un nuevo jefe, el *tlacocheácatl Cuittlahuac*.

Desde luego notó la gran diferencia que había entre el

apocado Motecuhzoma y su altivo y valiente hermano, que al día siguiente, 23 de Junio, se presentó con numeroso y ordenado ejército, que situó impidiendo la completa comunicación con el exterior á los españoles. Contra ellos salió Ordaz, y sólo consiguió volver bien maltratado y replegarse á su cuartel con gran trabajo. Á Cortés, que fué en su auxilio, se le rechazó é hirió. Siguió el ataque sobre el cuartel, y duró todo el día sin conseguir ventaja alguna y sí tener pérdidas de importancia.



Ataque de los Méxica al cuartel de los españoles.
(Armin.)

Los españoles tenían 80 heridos, muchas brechas en sus fortificaciones y la prueba de que sus contrarios no eran enemigos despreciables. Intentó Cortés al subsiguiente día una salida, y fué rechazado sin valerle el medio que más tarde excogitó, que fué mandar hacer unas máquinas para

proteger á sus soldados y facilitar el fuego de los cañones.

El 27 cargaron sobre ellos los Méxica con tal tesón y furor, que Cortés se creyó perdido, y mandó rogar á Motecuhzoma que arengase á los asaltantes: éste, siempre débil, accedió, vistiéndose para ello con todas las insignias de su elevado puesto; subió á la azotea y se acercó al pretil, teniendo á su lado dos rodeleros que lo resguardasen y á Marina para que oyese la plática.

Cuando el pueblo le vió depuso las armas y permaneció en respetuoso silencio, que aprovechó éste y les dijo que se

retirasen, pues no estaba preso, sino por su voluntad, y que los españoles estaban dispuestos á dejar la ciudad.

Contra lo esperado, y faltando por vez primera al tradicional res-

pecto á sus Reyes, el joven Cuauhtémoc excitó á los guerreros á no obedecer, y apostrofando á Motecuhzoma con denigrante epíteto, «le tiró y acertó tal pedrada, que lo derribó bañado en sangre»; la pelea siguió todo el día más encarnizada y terrible.



Los españoles arrojan fuera de su alojamiento el cadáver de Motecuhzoma.
(Códice de Sahagún, en la Laurentiana.)



Conducción del cadáver de Motecuhzoma.

Siguieron los asaltos y salidas sin gran resultado para los españoles, que se atrevieron hasta atacar y tomar el Teocalli, de donde también fueron desalojados.

No quedaba más recurso que salir ó sucumbir, y se decidió por este último extremo: como hubiesen observado que cuando moría un personaje se suspendía el ataque para hacerle sus funerales, decidió Cortés y los suyos matar al infortunado Motecuhzoma, en unión de Cacamatzin, Itzcohuatzin y Totoquiuhatzin, señores respectivamente de Tezcoco, Tlatelolco y Tlacopam.

Así se efectuó el 29 de Junio, y el cadáver, cubierto con las regias vestiduras, fué enviado, diciendo había muerto á

consecuencia de las pedradas. Sahagún escribe que fué arrojado sobre una tortuga de piedra que había cerca del cuartel español, y la pintura jeroglífica lo ratifica.

Así acabó este ilustre méxica, digno de mejor suerte, á los cincuenta y dos años de edad, después de gobernar diez y nueve. Se negaron sus súbditos á hacerle exequias ni funerales; no quisieron tampoco darle sepultura, y tuvo que andar peregrinando en hombros de su fiel mayordomo *Apanecatl*, hasta que al fin fué incinerado é inhumado sin ceremonias ni pompa alguna.

CAPÍTULO VII

Cortés sale de México. — La Noche Triste. — Salto de Alvarado. — Batalla de Otompan. — Cuitlahuac. — Cortés en Tlaxcallan. — Fundación de Segura de la Frontera. — Expedición por el valle de México y pueblos adyacentes. — La viruela. — Muerte de Cuitlahuac. — Cuauhtémoc. — Marcha Cortés sobre México. — Embajada á Zuan-gua, rey de Michoacán. — Otra embajada al mismo.

Con la muerte de Motecuhzoma acabó toda la defensa moral que los españoles tenían, y comprendieron los españoles, más que nunca, la necesidad de una pronta salida de Tenochtitlán. El 30 de Junio se pasó en preparativos, tales como arreglar un puente portátil para pasar las cortaduras, llenar éstas con los escombros de las casas incendiadas, y reparar las máquinas ó ingenios destrozados en las anteriores salidas.

El día 8 de Julio fué el designado para evacuar la ciudad, eligiéndose para ello la obscuridad y silencio de la noche, obscura entonces á causa del novilunio.

Era la media noche. Los guerreros méxica dormían; el cielo estaba obscuro y llovía con fuerza. Se hizo la repartición del oro, separado el quinto del Rey, y entonces el ejército salió recatado y silencioso, ayudado por el lodo, que impedía el ruido, y la negra obscuridad apagaba el brillo

de las armas. El astrólogo Botello había predicho que solamente en esa noche y bajo tales condiciones sería posible y feliz la salida.

Marchaba á la vanguardia Gonzalo de Sandoval, con 200 peones y 20 jinetes; tras ellos iban 400 tlaxcaltecas llevando el puente, y 50 rodeleros. Cortés estaba en el centro con la artillería, los tlameme, caballos con el oro, las mujeres, Teucichpoch, la hija de Motecuhzoma, con la mujer y otros prisioneros, 300 aliados, 30 españoles y unos 3.000 tlaxcaltecas; cerraban la retaguardia Pedro de Alvarado y Juan Velázquez de León, con el resto de peones y jinetes, más los de Narváez y otra fuerte sección de tlaxcaltecas. Sería un total de 8.000 hombres.

Tomaron por las calles hoy llamadas de Santa Clara, San Andrés, y llegaron hasta la parte llamada Tecpantzinco, del canal occidental, que era donde hoy comienza la Mariscal.

Una vieja que salía por agua dió la voz de alarma, y al punto cundió por toda la ciudad, pues que los sacerdotes tañeron sus caracoles y trompetas, y el sacerdote que velaba tocó el *teohuehuell* ó «atambor infernal», cuyo ronco són, como grito de guerra, despertó á la ciudad.

La confusión que esto produjo en la columna hispana fué indescriptible: los Méxica se apoderaron del puente, la retaguardia se desorganizó, pasando parte adelante, y otra retrocedió al cuartel. Cortés al frente de unos pocos, y pasando sobre las cortaduras llenas con los muertos, hacía prodigios de valor. Pedro de Alvarado, que fué herido y



Se sorprende la huida de los españoles de México. (Códice de Sahagún, en la Laurentiana de Florencia.)